

Carmen Galindo

Es tal la variedad de temas que aborda Carlos Monsiváis que, a primera vista, deslumbra y pareciera que no tiene una nota dominante. La verdad, quienes lo hemos leído con atención, descubrimos que existen temas que aparecen una vez y gozan de una gloria efímera (el caso de Isela Vega) en los textos de Monsiváis. Pocos, y uno de ellos es el feminismo, son recurrentes y son abordados (lo cual es menos habitual) con toda seriedad por el cronista.

No quiero decir que se desaliñe su estilo, ni que no estallen, a cada línea, las frases brillantes: "...el cine mexicano (...) donde la maternidad es la partera del melodrama" (180). Frases, por cierto, como Borges decía de Wilde, que, además de su encanto y de ser memorables, casi siempre tienen la razón. En cambio, decía hace un momento, ciertos temas los trata con toda seriedad, como para hacernos entender que le va mucho en ello. Entre los que recuerdo rápidamente, el feminismo, el laicismo o la diversidad sexual; todos, por cierto, abordados en este (valioso, además por ello) volumen.

Y no me refiero a los de temas ya de suyo dramáticos, como las muertas de Juárez o el aborto, que ensombrecen de solo nombrarlos. Se trata, por poner, como dicen hoy, un ejemplo extremo, del caso de las sufragistas mexicanas que concitaron toda clase de burlas y que suscitan el recuento puntual de Monsiváis. En este tema, quiero decir, Monsiváis se abstiene, abandona para mejor ocasión, para usarlo en contra de otros y no de las sufragistas, su sentido del humor.

El ensayo que abre el volumen, que es excelente, se refiere al sexismo en la literatura mexicana. Verdadero ensayo, no empieza por orden cronológico, ni va viendo cómo se transforma históricamente la figura de la mujer a través de su reflejo literario, sino que acude a unos cuantos escritores, todos altamente pertinentes al tema: digamos Sor Juana en la Carta a Sor Filotea, pongamos Díaz Mirón en "tú, como la paloma para el nido, / y yo, como león, para el combate" o, en fin, *Santa* de Gamboa. Quisiera llamar la atención

sobre el hecho de que está evocando textos claves de la literatura mexicana y nunca, lo que no deja de ser significativo, los deja a la deriva, sin contexto histórico; tiene buen cuidado de dejar en claro que Fernández de Lizardi, en *La Quijotita y su prima*, está exponiendo, sin dolo, lo que su época piensa sobre la educación de la mujer y de los hijos. Igual ocurre cuando evoca la obra de Rulfo y la imagen de Susana San Juan. Él, que suele ser arrebatado, camina, podría decirse, por esta vez, con pies de plomo.

Y aquí, otro rasgo de los ensayos de Carlos, la mayoría, tal es el caso del que comento, no son preparados ex profeso; el poema de Díaz Mirón lo acompañaba de modo permanente y lo sacaba a colación cuando venía (o no venía) a cuento; Santa le mereció más de un ensayo y así con todos los autores que rememora en este ensayo.

Monsiváis y la cultura de masas

El primer texto que publicó Monsiváis era sobre la novela policíaca. Me sé de memoria el título: "Ustedes, que nunca han sido asesinados". Apareció en *Medio Siglo*, la revista de Carlos Fuentes y Porfirio Muñoz Ledo. (Tengo el texto, porque Carlos me lo regaló con una dedicatoria hoy profética: "no todos empiezan tan mal, pero no todos acabarán tan bien".) Miguel Capistrán aseguró en un suplemento cultural de hace unos dos años, junto al texto de Monsiváis que avalaba su dicho, que el primer escrito publicado por Carlos era sobre ciencia ficción. No he tenido la curiosidad de corroborar las fechas, pero para lo que quiero decir es lo mismo: son textos sobre lo que se consideraba entonces literatura de baja estofa, se catalogaba como subliteratura. Siempre insisto, porque creo que lo singulariza, en que Monsiváis escribe, claro que sí, sobre la cultura popular, pero sobre todo, lo que es más sorprendente, sobre la cultura de masas.

No lo parece, pero es heterodoxo el hecho de que Monsiváis pase revista al cine nacional en busca de la mujer que se forjó a imagen y semejanza de la madrecita abnegada; como la Sara García de *Cuando los hijos se van*, la mala pura (dije pura) en el fondo y bella en la superficie como Ninón Sevilla en *Aventurera*, y, por supuesto, la chorreada de la canónica *Nosotros los pobres*. De la misma forma en que en los boleros (y en otro libro) averiguó la educación sentimental del mexicano.

Nancy Cárdenas, la activista

Por último, hay un ensayo que es para mí significativo y es el que se refiere a Nancy Cárdenas. Se lo escuché leer en un foro de diversidad sexual cuya

anfitriona era Betty, una antigua amiga de Nancy. En ese texto (que debe mucho al poema de Sábines sobre la muerte de Rosario Castellanos) se registra, y no me resisto a comentarlo, una casi *private joke*. El mismo Carlos, lo que no suele hacer, lo explica: como Nancy era de Parras (Coahuila) la saluda llamándola "Parras Atenea".

(Un paréntesis muy personal: como muchos de sus amigos, al principio le tenía un poco de miedo a Carlos, a su agresivo humor, a sus juicios sumarios, a su moral a rajatabla, pero apenas conocí a Nancy me di cuenta enseguida de que ella, nortea tenía que ser, expresaba sus opiniones libremente y no se mimetizaba con las de Monsiváis. A partir de ese momento, seguí su ejemplo. Por lo menos una vez, Carlos se quejó de que lo aislaba el temor de la gente ante su temible agresividad verbal.)

Para mí, y con esto termino, es conmovedor este ensayo, porque me recuerda a la persona que consolidó la relación de mi hermana y mía con Monsiváis. Esos años son la época de oro de nuestra amistad. Ahí, como he venido asegurando, se toma muy en serio el tema, y elogia a Nancy Cárdenas como mujer de teatro, pero, sobre todo, como activista ejemplar ●